

Mater Purísima

Núm. 131

Julio 1933

Año XII

RÁPIDAS

EL RECUERDO EUCARÍSTICO

El olvido, que es una de nuestras mayores enfermedades psíquicas, es a la vez uno de nuestros mayores enemigos.

Mientras los hombres o las cosas están ante nuestros ojos, pensamos en ellos, los amamos; lejos de la vista, empero, lejos del pensamiento, dice el conocido refrán.

Por eso ha luchado tanto el hombre contra el poder del olvido. Para vencerlo, ya no sabe qué inventarse.

Ha levantado estatuas, ha edificado pirámides, ha construido monumentos en todas las edades. El mismo Josué, una vez atravesado milagrosamente el Jordán, apiló a guisa de monumento las doce piedras conmemorativas del prodigio, allá a la orilla del río, diciendo a los judíos: «Colocadlas aquí en señal de lo que habéis visto; y cuando el día de mañana os preguntaren vuestros hijos: ¿Qué significan estas piedras? Quid sibi volunt isti lapides?, les habéis de responder: Desaparecieron las aguas del Jordán a la vista del Arca del Testa -

mento del Señor.» Hed ahí el recuerdo.

En el sagrado Evangelio, a las palabras creadoras de la Sagrada Eucaristía: «Tomad y comed: este es mi cuerpo. Tomad y bebed: esta es mi sangre», siguen inmediatamente otras no menos consoladoras: «Cuantas veces hicieréis esto, hacedlo en memoria mía».

La Sagrada Eucaristía es, sin duda, un recuerdo; el divino Maestro lo repitió varias veces. Un recuerdo el más sublime que Jesucristo podía entre darnos. El lo concibió y El nos lo entregó; su propio cuerpo y su propia sangre. Allí, bajo el velo sacramental está El verdadero, real y substancialmente presente.

Este recuerdo eucarístico es, precisamente el objeto de la grandiosa fiesta de «Corpus Christi» como la institución de la Sagrada Eucaristía es el objeto especial de la fiesta del Jueves Santo.

En una visión que tuvo en 1208, en el convento de Mont-Cornillon, cerca

de Lieja, una humilde religiosa de nombre Juliana, le apareció la Luna con una negra mancha. El círculo luminoso, le dio a entender Jesucristo como significaba el ciclo de fiestas que se celebraban en el año litúrgico; la negra mancha aparecía para significar como fal-

Catedral, era elevado más tarde al solio Pontificio y años más tarde, por la Bula «Transiturus» era instituida dicha fiesta para todas las Iglesias de la Cristiandad, con la grandiosa procesión eucarística en la cual entre cánticos de alabanza, es adorado por la muchedumbre postrada



“...la grandiosa procesión eucarística...”

ta instituir una nueva fiesta especialmente destinada a celebrar solemnemente el recuerdo eucarístico.

Treintinueve años más tarde se celebraba la primera fiesta del Corpus en Lieja. El Arcediano, empero, de aquella

en tierra al paso real de la Hostia Santa.

Adoremos eternamente al Santísimo Sacramento.

JUSTINO RIPALDA

EL HORROR AL MAL

Mira como el mal nos ha invadido por todas partes, libre, desvergonzado, procaz.

Para que lo admitamos se cubre con deslumbrante y seductor ropaje.

Para que no nos alarmemos dice que viene a satisfacer la necesidad natural de expansión y solaz en el mar-eo de la vida moderna.

Para adquirir prestigio público ha logrado sobornar y cautivar la misma autoridad.

Para justificarse ante la cultura dice que eso del pecado es un espantajo de otras edades, que hoy reina una moral más comprensiva, indulgente y acomodada a nuestros tiempos.

En todas las manifestaciones de la vida anda mezclado y familiarizado: en los espectáculos y salones, en el arte, en la Prensa, en los anuncios, en las fiestas, en el vestido, en los comestibles...

Tiene un empeño misterioso en infiltrarse blandamente e inficionarlo y corromperlo todo.

Tú misma habrás experimentado hartas veces cuan difícil es descubrirlo y cuan recio es resistir a sus apremiantes sollicitaciones.

Sí, con frecuencia habrás tenido que negarte heroicamente, renunciar a la vida de relaciones y pasar por anti-

social y misántropa.

¡La joven moderna va perdiendo el horror al mal, porque la brillante sociedad que la atrae con vehemencia convive escandalosamente con él!

... ..

Mas Dios no se muda.

Puede la sociedad prevaricar, idolatrar y no cubrir ni esconder su faz ruborizada. La pureza y santidad de Dios siguen siendo inexorablemente incompatibles con la prevaricación humana.

«Las iniquidades del hombre han puesto un muro de separación entre él y Dios». Serán siempre una formal oposición a su voluntad divina, una alteración del plan eterno, un desprecio, una ingratitud. No puede dejar de tenerles aversión inmensa.

Cuando Jesús vino a la tierra, con abrazar las otras miserias humanas, no quiso tomar la vida sino de un ser todo blancura y gracia, cuya sangre no hubiera, ni por un instante, arrastrado la más mínima impureza.

¿Qué hace la joven ideal?

Con las serias reflexiones de su espíritu, no bien avenido con la adulteración de la vida actual, y los esfuerzos de su voluntad para mejorar se, mereció contemplar, de una parte el paraíso excelso de la santidad cris-

tiana defendido por la espada ígnea del ángel, aquel paraíso todo luz y amor puro, de donde son mojados e - nérgicamente todo desorden y abominación; y de otra parte la zambra social con sus locos festines y sus sinietras perspectivas.

Y enamorada de aquel vergel sobrenatural, siente grande horror al mal que de tanto bien priva.

¡Qué hermosa y de feliz presagio es su delicadeza de conciencia!

Su fina mirada discierne con viveza lo malo de lo bueno. Su exquisita sensibilidad se aparta ligera de toda contaminación.

Vive en medio del mundo, pero candorosa y timorata, aprestada contra los falsos encantos del mundo, sin rozar el cenegal del mundo.

Como tierna azucena, emergiendo y campeando sobre el cenegal.

F. E.

Palma, Junio 1933

MARY - LUZ

LA GRANJA, POR ÁNGELES EXALUMNA

CAPÍTULO II

No se engañaron las buenas Madres del Asilo, *Mari-Luz* correspondió, con creces, a los desvelos de las Monjitas y así, relativamente felices, transcurrieron los años de su infancia, dando muestras de docilidad, ejemplos de virtud y aplicación a las demás compañeras, que la admiraban por sus progresos intelectuales y espirituales; su almita, pura y blanca, volaba en continua oración hacia Dios, que tantísimo sufrió por nosotros, ofreciéndose en víctima de expiación por los *pecadores*, por quienes ella decía tenía obligación de rezar; por ellos y por mí, os pido perdón ¡Señor!. Hacedme buena, no me abandonéis jamás, no tengo más Padre que Vos

¿qué sería de mí, sin vuestra compañía? Cuidadme, protegedme y luego invocando a la Virgen, se entregaba al descanso. Nunca se durmió sin que hiciera esa plegaria, besando luego, el Crucifijo.

Mas, cierta noche, la súplica cotidiana, fué repetida, en un sitio bastante lejos del dormitorio del Asilo. Dios era el mismo.. *Mari-Luz*, también, los lugares diferentes; pero seguía rezando que para la oración no hay distancia, ni sitio determinado, Dios está en todas partes, llevémosla en el corazón y junto al altar de nuestro pecho, oremos, continuamente; eso habían repetido muchas veces las Monjas a la niña; y ésta practicábalo en cualquier

parte se hallare.

Hoy estaba, en sitio nuevo y desconocido para ella. Aquella misma mañana con harto dolor de su alma, despidióse de las compañeras y de las Religiosas

contacto con sencillos hombres, curtidos por la labranza y fornidas zagalas ajenas a los desengaños y malicia del mundo; *Mari - Luz*, llevaba una vida en extremo sentimental.



Antiguo oratorio de la familia de San Ignacio. En ella dijo su primera Misa el Duque de Gandía, y dió allí mismo la Comunión a su hijo. El retablo de ese pequeño altar es magnífico y toda la capilla, paredes, suelo, techo, están revestidos de Plata.

que la educaron. Acababan de prohijarla unos campesinos, buenos y honrados; arrendatarios de una finca bastante lejos de la capital.

Pasaron algunos años. En continuo

Naturalmente precoz, había envuelto entre sus ilusiones, primero, el más acendrado amor hacia las Monjitas que la recogieron y luego un cariño enorme, a los colonos

que generosamente ampararon su a - dolescencia.

En la soledad de su espíritu soñaba, siempre, con la recompensa que les daría mediante el trabajo que pensaba hacer para conseguirlo.

Así, pasó otro año, sin que nada insólito acaeciera; pero en los meses de verano, cosa que nunca habían hecho, los señores de la finca, acompañados de su hijo Andrés, y un amigo de éste, recién llegado de América, fueron a pasar los rigores de la canícula, en la Granja.

Por su buen porte, educación y la - boriosidad fué reclamada *Mari-Luz*, por la señora de la casa, suplicándola ejerciera, a su lado, el oficio de doncella, desempeñándolo tan admirable - mente bien que parecía no haber hecho otra cosa en su vida.

Andrés y Alberto (este era el nombre del amigo) después de realizadas algunas excursiones y jiras, encontraron monótona la vida del campo, echando de menos los placeres y diversiones de la capital, por lo que acordaron hacer algo capaz de distraer las interminables horas de que disponían, organizando juegos de sport, bailes caseros y otros pasatiempos análogos, entre el conjunto de zagalas y gañanes.

Alberto, un tanto romántico, no quedaba satisfecho con tales entretenimientos. Dotado de una imaginación soñadora y subyugado por sus aspiraciones artísticas, acariciaba con-

tinuamente la esperanza de crear algo nuevo, que diera impulso a sus trabajos de pintor y vida real a la ilusión que alimentaba en el alma, de hallar, uno u otro día, la encarnación ejemplar y viviente de las dos pasiones más bellas: el *Amor* y el *Arte*, vislumbrados en este momento en forma de fantásticas quimeras, que se movían dentro de su delicado espíritu, para hacerle más ilusionar, al sentir las infinitas delicias que le proporcionaría la realidad del sueño de todos sus nobles sentimientos; realidad que ahora se le presentaba en forma de mujer.

Efectivamente, al cruzar por primera vez su mirada, con la sugestiva y angélica de *Mari-Luz*, tuvo el presentimiento de que esta deliciosa niña, constituiría el verdadero prototipo de sus más caras ilusiones, impresionándole tan vivamente, que su pensamiento la transformó en Angel bienhechor que había de conducirlo por las divinas sendas de la Gloria.

Natural es que hiciera tal efecto en el joven la presencia de la doncella, ya que en conjunto resultaba admirable - mente hermosa, destacando, entre sus muchos encantos, la limpidez de sus ojos azules, grandes, rasgados, expresivos, llenos de magnético fluido y resguardados por la misteriosa celosía de largas y arqueadas pestañas, fijas en unos párpados que, al entornarse parecían ocultar en la celestial divinidad de sus pupilas, la dulzura de infinitos

y virginales amores; sus cejas artísticamente delineadas, servían de límite a una espaciosa frente que tenía por marco, sedoso y fino pelo, rubio como el oro, naturalmente ondulado, dividido, con sencillez, en dos mitades, formando largas trenzas, que besaban al descansar sobre sus hombros, el busto más acabadamente perfecto incapaz a modelar ninguna inspiración escultórica humana. Su boca algo grande, era lo único que no guardaba proporción con aquel rostro casi divino; este defecto era disimulado por el terciopelo de sus rojos labios, que al plegarse, tomaban forma de corazón, cuyo centro atraía al beso ardiente, del que con afán la miraba; más este deseo era contenido, porque al entreabrir aquellos gruesos labios iguales a dos pedazos de carmín, dejaban ver doble hilera de perlas engarzadas en coralinias encías, desarmando al más audaz, la armonía entrelazada por el movimiento de su candorosa sonrisa, con el sello de casta inocencia, que reflejaba en su semblante.

Un día y otro día la presencia de la campesina fue agrandando en Alberto, el ansia que como artista experimentaba y enardeciendo además al hombre, sintió el vértigo producido, por la sensación de tener muy dentro de su alma la imagen de ella, cada

vez más ampliamente reclinada en su pobre corazón. Cuando no la veía, este recuerdo le llevaba con potente e increíble fuerza a buscarla, para extasiarse contemplándola y estimulado por el deseo, quiso trasladar al lienzo su adorada figura, solicitando para ello el consentimiento de *Mari - Luz*.

¿Cómo lo recabó? Difícil resultaba al principio, dado su carácter tímido y retraído y más aún por lo vergonzosa y recatada ¿cómo iba a ponerse ella frente a un joven que, antes de transmitir al lienzo su figura debía grabarla sobre su imaginación? Este solo pensamiento aumentaba sus escrúpulos, haciéndola estremecer de rubor.

El artista viendo defraudada su esperanza y movido por el empeño de poseer a toda costa la imagen representativa de sus ideales, no perdonó medio para conseguirlo, solicitando el concurso de los honrados labradores a quienes, de buena fe, consideraba como padres de *Mari - Luz*.

Al fin, estos lograron convencer a la joven que, dócil por naturaleza, accede a lo que la dicen los colonos; pero en su interior hay algo más que la impulsa a obedecer, que la mueve a sacrificarse ¿será el amor? Pronto veremos el resultado de estos contactos entre Alberto y *Mari - Luz* que venían a producir una sensación paralelamente igual.

AZUCENA EN CAPULLO

(Continuación)

CAPITULO III

Atractivos y encantos del Colegio. —Clara deja para siempre el uniforme de colegiala y vuelve a Ciudadela.—Luz divina. —Manifiesta a su padre haber resuelto entrar en Religión.—Ruega con fina insistencia le permita satisfacer su anhelo.—Su padre no accede por entonces a tal petición

Para la mayoría de las educandas, tiene el Colegio encantos dulcísimos, alegrías y goces que difícilmente se hallan en otras partes; allí los placeres son íntimos, puros y verdaderos, muy distintos de los que ofrece el mundo, los cuales, aunque deleiten y atraigan los sentidos, jamás logran saciar el corazón.

Una jovencita que por espacio de mucho tiempo había sido alumna de un Colegio de la Pureza, decía con graciosa y encantadora sencillez, que a los años pasados en él los llamaba «la primavera de la vida», porque alegraron el cielo de su alma y le permitieron admirar de cerca flores de bellísimas virtudes que hasta entonces le habían sido desconocidas; decía también, que la atraía de modo irresistible la constante y santa alegría que allá reinaba, así que, aún cuando ni remotamen-

te pensaba en ser Religiosa, daba gracias a Dios por haberla conducido a tan feliz morada.

En igual forma, poco más o menos, he oído expresarse a otras muchas.

Pues si tantos atractivos tiene el Colegio para las que ni remotamente piensan en consagrarse a Dios ¿qué extraño ha de ser que Clara, quien desde pequeña despreció las vanidades del mundo, sintiera honda nostalgia al saber que llegaría un día en que tendría que dejarlo?

No se engañaba al presentir que estaba cerca el momento de la despedida, pues a últimos de Noviembre recibió una carta de sus padres en la que le decían se preparase a salir del Colegio porque al marcharse cuando dieran las vacaciones de Navidad, sería ya definitivamente.

A dicha carta correspondió Clara con la que sigue:

«Palma, 4 Diciembre de 1919.

Queridísimos papás: Enterada de la suya voy a darle contestación. En ella dice Vds., han resuelto salga del Colegio y me indican al mismo tiempo, las disposiciones que han tomado para entonces, las cuales, si Dios quiere, se cumplirán como desean. Haremos poner marcos a los cuadros

de pinturas y embalarlos como mejor se pueda. En cuanto al cofre, si bien es cierto que tengo uno aquí, temo no sea suficiente, así que creo convendría trajeran otro.

Veo que será mamá quien vendrá a buscarme, de lo cual me alegro.

Todo pasa en este mundo, y lo que muchas veces parece cosa lejana, asombra luego por la rapidez con que llega. Eso me sucede ahora; paréceme imposible hayan transcurrido cuatro años bien cumplidos desde que vine a esta santa Casa, y más imposible todavía que se acerque ya el momento de tener que abandonarla. Muy triste será para mí este momento, pero si Dios así lo dispone, acato su voluntad soberana y me resigno a sus decretos.

Celebro que abuelito siga mejorando, el Señor quiera que se restablezca pronto

A la tía escribiré para el martes, hoy es demasida tarde.

Envío mis cariños para los abuelitos y un saludo afectuoso a padrino y familia.

Muchos besos a las niñas y a Francisquito, quien deseo esté ya curado de su catarro; un abrazo a José, y para Vds. queridos papás, el amor más tierno de su hija

Clara.»

A medida que se iba acercando el día señalado, de tal modo aumentaban la emoción y alegría de su corazón, que a pesar de ser éste tan grande amenazaban desbordarse, pero supo

ella dominarse y mantenerlos a nivel, así que cuando llegó su madre la encontró risueña y tranquila.

Dedicó un recuerdo a cada una de sus Profesoras como expresión de sincero afecto y de profunda gratitud y para adornar el altar de su bendita Madre, regaló riquísimo mantel de seda azul celeste con fleco y bordados de oro, que todo le parecía poco para manifestarle su cariño.

Momentos antes de la partida entró en la capilla para exhalar una vez más los suspiros y anhelos de su alma: dejó en el Sagrario su corazón y se llevó en cambio la dulce y consoladora esperanza de volver pronto a su amado Colegio.

Acababa de cumplir dieciocho años, la edad de los ensueños y de las ilusiones, la de los amplios y dorados horizontes, aquella en que el corazón se agite constantemente en busca de amores y ternuras que muchas veces no encuentra y que si consigue alcanzar, nunca logran saciarlo, porque el corazón humano tiene abismos sin fondo que sólo puede llenar el amor infinito de Jesús.

Clara no era hermosa, pero sí de aspecto agradable; esmeradamente educada, con aptitudes naturales para las bellas artes y un talento singular perfectamente cultivado: mas aunque poseía tantos atractivos, ni los vientos de vanidad marchitaron la bellísima flor de su modestia ni el ruido de los galanteos ensordecó su alma, ni

ni el humo de las lisonjas obscureció el nítido cielo de su cándida existencia; porque huyó siempre del mundo, pues acostumbrada a respirar el ambiente de paz y deliciosa inocencia de su amado Colegio, parecíale había de ahogarse en medio de una sociedad frívola y disipada, y fuera para ella cruel tormento, tenerse que amoldar a sus exigencias y caprichos.

Así pues, también en Ciudadela fué ejemplarísimo su comportamiento. Jamás se la vió distraída o neciamente vana, sino siempre modesta, piadosa y recogida sin que por eso fuera esquivada o adusta, sino al contrario, muy amable y atenta.

Estaba de continuo agradablemente ocupada, haciendo unas veces y dirigiendo otras, los quehaceres domésticos; pintando o ejecutando alguna labor de aguja, o bien tocando al piano. Tenía todos los días sus ratos de alegre expansión, y era entonces elocuente y cariñosísima cual ninguna.

Hacía ya tiempo que había formado la resolución irrevocable de consagrarse a Dios. Vestía el uniforme de colegiala, cuando una tarde, allá en la capilla del Real Colegio de la Pureza, Jesús le habló directamente al alma, diciéndole que era ella la que su Corazón había escogido entre millares, y la dueña de la predilección de sus amores.

No sé decir lo que Clara sintió en aquellos momentos, pero por fortuna

ella misma lo dejó bellamente escrito; veamos cómo se expresa:

LUZ DIVINA

I

Era el declinar de una tarde de Marzo.

En uno de los extremos de la hermosa capital de Mallorca levántase un edificio humilde al parecer, pues se encuentra desprovisto de galas y riquezas artísticas que atraigan y cautiven las miradas del curioso y entusiasta admirador de tales maravillas, pero que encierra entre sus muros un número considerable de personas; un mundo de vida y agitación se desarrolla en sus varios departamentos, y sus anchos y espaciosos salones aparecen llenos de los encantos de la inocencia y de las risueñas ilusiones de una bulliciosa juventud que, con la actividad incomparable de una edad adulta que trabaja y se sacrifica y desvive en bien de la humanidad, forman un contraste hermoso, sublime, edificante.

Al penetrar en su recinto, veréis por doquier señales inequívocas que demuestran el ambiente de piedad y de fe que allí se respira, joyas más preciadas que las del arte y de la naturaleza que allí también se encuentran, aunque ocultas unas y otras a la mirada oculta de los hombres.

Es la morada de la paz, del candor y de la pureza. Es un Colegio de María.

{Seguirá}

LECCIÓN DE UNA ROSA

Érase una bella rosa
De colores purpurina
Que al arrancarla del tallo
Me dejó clavada espina.
Tan agudo fué el dolor
Que en la mano me sentí
Que despreciando la flor
La eché muy lejos de mí.
Y al mirarla, comprimida
De mi arrebato violento,
Una ráfaga de viento
Se la llevaba cautiva.
Yo, suspiré quejumbrosa
En ella mi vista puesta

Que rodando polvorosa
Pareció darme su respuesta:
La rosa de rojo pétalo,
O de nivea blancura,
Mientras entre espinas vive
Se conserva tersa y pura
Mas ¡ay! si se la separa
Del tronco que la satura
Pronto pierde sus encantos
Se mustia... ¡Cuán poco dura!

ANGELES
(*exalumna*)

Madrid y Mayo 1933.



Grupo de Sritas, que forman la nueva Junta de la Federación del Colegio de Jumilla.

MI COLEGIO

A la sombra de esos techos que majestuosos se levantan, cobijado mi pecho en el silencio de esos inquietos claustros que tantas lágrimas, alegrías y gritos de angelillos humanos besaron, guarnecido y amparado mi corazón por la semilla que en el desparramaron las caritativas hermanas, germen no fecundo en absoluto por nuestra desordenada tendencia al mal, pero sí fructífero y generoso en altos ideales, allí en la alegría y en el dolor, di mis primeros pasos de niñez eternamente inolvidables.

Artículo hermoso se presenta ante mi imaginación al pretender estampar, en esta revista de mi colegio, el bello pasaje de mi niñez. ¿Quién negará que aquella época de edén celestial, no fué para todos, sin exclusión alguna, el panorama más delicioso que imaginarse pueda? El candor y la inocencia fueron las insignias que impresas con letras de oro adornaban el corazón. No afeaba el alma el enigma del mal; horrendo estupor sentíamos cuando algún hombre depravado en aras de incompreensión y de completo aniquilamiento moral desprendía de su lengua groseras palabras, furibundas blasfemias contra aquellos sacratísimos nombres que tantas veces nos inculcaron las Hermanas de la Pure-

za, todo era dulce y apacible alegría pues nuestro espíritu falto e inepto no podía comprender el poder de ese mal moral que tantas almas corroe, tantos espíritus deprime y tantas lágrimas deja abandonadas en el camino de la vida; todo era luz, toda vida, no presentíamos ni en potencia las batallas prematuras que en el tiempo era condición de vida sostener, éramos completamente felices peodíamos decir.

¡Feliz niñez! cuántos recuerdos pasan por mi mente al recordarte, y al par que mi espíritu parece solazarse al volver la mirada atrás, dejo entrever de mis ojos, reflejas lágrimas, que bordeando mis mejillas y deslizándose por el rostro terminan por disiparse como el humo, como la blanca espuma del mar sobre el cristal de las aguas.

Así pues, al pretender hablar de mi colegio imprescindiblemente tenía que entenderme a mi niñez, ya que en ella fué cuando asistí, cuando me senté en aquellos banquillos, cuando con frenética ilusión, hacíamos presa de nuestros entusiasmos infantiles, en aquellos patios y en aquellos jardines, aquella capillita que nos enseñó a orar, a conocer a Dios y a nuestra madre la Virgen, adorar como a madres a tantas Hermanas que, muchas veces cuando dormidas por el cansancio nos encontraban, reclinaban nuestra cabeza en su regazo y su mano cariñosa en

caricia ideal se posaba sobre nuestras cabezas, esas Hermanas, blanca bandada de palomas puras que grabaron con sello indeleble mis primeros conocimientos, los que marcaron el camino recto de la vida con sus consejos y con sus sólidas enseñanzas, las que educaron mi espíritu cristianamente para no perecer después en el torbellino de ese mar cenagoso del materialismo y de la impiedad, donde tantos jóvenes se entregan víctimas de la inexperiencia y de la irreflexión.

Mi colegio, ese fué mi colegio, eterna gratitud guardo, y cuando sien -

to el sumo placer de pasear por aquellos claustros, por aquellos jardines y. por aquellos patios testigos de mi infancia, parece como que se ensancha mi corazón al respirar el aroma de aquel místico pensil y con efluvios de amor hacia todo lo que en él se encierra, me vuelvo otra vez a mis quehaceres después de dejar libre a la fantasía que ensimismada en tan bello pa-norama tranquiliza el alma y anima al espíritu.

Ese es mi colegio.

Pascual Hernández

Maestro

Alcácer, 26 - 4 - 1933

EN PUERTO DE LA CRUZ

Dejad que los niños se acerquen a Mí dijo el Señor a sus discípulo. A pesar de ser tan perseguido este mandato del Maestro Divino, resultó sublime el acto que en el Puerto de la Cruz tuvo lugar el último domingo de Mayo, festividad de la Patrona del pueblo.

Gracias al celo y abnegación de un pequeño grupo de señoras y señoritas, consiguieron una nota brillante al parecer, delante de Dios y de admiración ante los hombres. Los niños de los distintos centros catequísticos, de San Antonio y San Amaro, asistieron a la misa de ocho en la Parroquia, acompañados de sus respecti-

vas instructoras. Acercáronse a la Sagrada Mesa para recibir el Pan de los Angeles, unas quinientas personas, entre mayores y pequeños. Los fervorosos y entusiastas jóvenes pertenecientes a la «Juventud Católica» quisieron dar mayor realce a la solemnidad de la fiesta cantando durante la misa y comunión, escogidos motetes.

Terminada la santa misa, todos los niños, en grupo de más de cuatrocientos, acompañados de las ya indicadas instructoras, se dirigieron al Colegio de la Pureza y en los amplios patios del mismo, se les obsequió con un chocolate, panecillos y dulces. Emocionante y hermosísimo resultaba al



Primeros capullos de nuestras antiguas alumnas del pensionado de Santa Cruz, Doña Ángeles y Nieves Baudet.

contemplar desde las galerías a tantos niños, jícara en mano, al rededor de las preparadas mesas y a estilo de «Miramar en tiempo de su propietario el Archiduque de Austria.

A las tres de la tarde y en el patio del mismo Colegio, se dió principio a la venta de trajes y objetos que con los tiques ganados por su asistencia al catecismo, tenían obción

a escoger.

Que la Santísima Virgen se digne presentar a su amado Hijo, a ese grupo de almas que, con su abnegación y celo, trabajan en favor de estos inocentes niños, y se hagan merecedoras del amor de Dios, ya que tiene dicho, que cuanto se haga a uno de los pequeñitos, es como si a El se hiciese.

EJERCICIOS DE LITERATURA MODERNA

MI GATO

Era muy chiquitín; una bola de pelo sedoso, ojos de esmeraldas, orejitas menudas y bien cortadas. Un hermoso ejemplar de la raza. Apenas sostenían sus patitas el cuerpo y ya tenía aquella gracia ondulante y felina, aquel astuto mirar, y... mucha gracia en el pedir. Ronroneaba de gusto al contacto de la caricia; caía juguetón sobre el ovillo que rodaba, sobre un objeto que se moviera.

En qué momento el instinto de fiera despertó en aquella bolita de pelo suave y sedoso, no se podría precisar. Era *algo* que dormía y despertó, energía latente convertida en potencial. Despreció el comer tranquilo y sosegado, y se lanzó al azar de la caza. Víle algún tiempo después: había desaparecido su gracia ondulante y su mimo. Piernas largas de cazador, pelo lacio y no muy limpio, uñas dispuestas a herir..... El

suave ronronear había sido reemplazado por el bufido de alerta, por el mirar irritado de sus ojos.

¡Qué gato más feo!, pensé. Y ese sentimiento resultó algo así como el último elogio de mi antigua bolita de pelo sedoso y suave, desaparecido bajo la envoltura del gato cazador.

Pura Sastre
Alumna del 6.º curso

IMPRESIONES SOBRE UNA CIUDAD

Una carretera larga, sinuosa, polvorienta, conduce a la ciudad. Antigua, de casas pequeñas blanqueadas frecuentemente en un alarde de limpieza, surge en el último ángulo de una llanura parda, azotada por el viento y que limita el mar. ¡El mar! Es el amante eterno de la ciudad vieja; la envuelve, la acaricia en horas de ternura, revuélvese furioso en accesos de ce -

los levantando amenazador olas de espumas y... calmado ante el encanto sereno y tranquilo de su amada, sumisamente lame sus pies, la arrulla con suave murmullo.

Hay en sus calles de estrechez silenciosa, un perfume de frescura. Respira por las anchas portaladas, sonrío al sol por sus ventanas de persianas verdes.

Antes era pequeña. Un núcleo de casas de tejadillos pardos e irregulares. Dominaba a la ciudad vieja la silueta elegante de una catedral vieja también. Estaba ceñida por un círculo de mu-

rallas. Sus persianas verdes apenas podían sonreír al sol. La ahogaba aquel brazo estrecho de las murallas...

Pero, un buen día, se desprecizó la ciudad, sacudió de sí el ahogo del abrazo sofocante. Extendió sus brazos hacia el azul del mar, y, riante y gozosa respiró por las anchas portaladas, se dejó besar por el sol.

Subsiste aún el viejo núcleo de casas que domina la silueta elegante de una vieja catedral. Pero la ciudad se ha desbordado, ha salido del circuito de murallas, llega hasta el mar....

M.^a de Todos los Santos Camps
Alumna de 6º curso.

PREMIOS Y DISTINCIONES

PALMA.— *Pensionado*.— Han sido premiadas con medalla las Srtas. Catalina Moncada, Jerónima Barceló y Margarita Escandell.

Con banda, las Srtas. Magdalena Fiol, Catalina Vila, Braselina Salom y Francisca Ferrer.

Merecieron condecoración las Srtas. Margarita Sagra, Catalina Mayrata, Francisca Cladera y M.^a Fernanda Pascual del Pobil.

MANACOR.— *Pensionado*.— Han obtenido medalla las Srtas. Francisca Roselló, María Riera y Pilar Oliver.

Condecoración, las Srtas. Bárbara Lliteras, Martina Busquets y María Durán.

Externado.— Con medalla, las Srtas. María Pocoví, Magdalena Grimalt y María Rosselló.

NECROLOGICAS

El 13 de Abril falleció en la Matanza (Tenerife) la madre de la exalumna Srta. Petra Flores Yanes.

Murió confortada con los Santos Sacramentos, dejando recuerdos imborrables por su conformidad y buenas disposiciones.

Reciba su esposo y familia, nuestro sentido pésame.

* * *

En Palma el 1.º de Junio falleció D. Pedro Pastor, hermano de la federada D.^a Francisca Pastor.

Rogamos al Señor por el descanso de su alma y enviamos nuestro pésame a su afligida familia.